REVISADO PC

1

232181

LA NOVELA PIC



por Juan Abadillero Oriana

1

232181

47/148365

Año III — Núm. 71

LA NOVELA PICARESCA

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario

CUESTION DE CATRE

POR

JUAN CABALLERO SORIANO

(Dibujos de Eros.)

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLERIDA
CALLE DE AYALA, 142.
MADRID

¡LECTORES!

Pedid todas las semanas la NOVELA PICARESCA. Todos los buenos vendedores deben tenerla; si no la veis expuesta, pedidla de todos modos, pues es obligación de ellos tenerla. Y si no os la quieren vender, id a otro puesto, hasta que la encontréis. ¡Ayudadnos contra el *boicot* que quieren hacernos varios puestos de periódicos de toda España!

R.320F173

La terraza del "Savoia", junto al teatro Apolo, era uno de los sitios más frecuentados de nuestro Madrid artista y noctámbulo; en las sillas de mimbre, junto a las mesitas de tableros de cristal, y como mariposas alrededor de los focos centelleantes de la puerta, encerrados en los esmerilados farolones, se formaban durante las cálidas noches de julio muy bizarras peñas, en su mayoría constituídas pos las actrices y actores de las compañías que quedaban todavía en la corte y por los que se disponían a emprender sus "tournées" a provincias. Como satélites de esos astros que se llaman la Puchol, la Torres, la Goya, la Caballé, se apiñaba todo el mundillo literario y artístico de esta villa del oso y el madroño.

Se destacaba entre todo aquel conocido plantel de bellezas de bambalina una extraña, pero atrayente pareja, que desde el primer momento llamó la atención de los parroquianos del modernísimo y coquetón café. Ella, una soberbia morena de ojos negros, imponderables, rasgadísimos, animados de una viva llama que parecía la cristalización

del deseo; elegantísima, ceñía la gloria maravillosa de su cuerpo de líneas proporcionadas en un impecable traje sastre; su cara, de óvalo delicado, se esfumaba un tanto bajo el sombrero de paja gris del mismo tono que el vestido. Las piernas, cruzadas, dejaban admirar bajo la falda el más prodigioso comienzo de una pantorilla llenita, recta y juguetona, enfundada en la media de seda color plomo, balanceándose en el altivo tacón inglés de los zapatitos de gamuza gris. La levita, de corte inglés, ceñía la oscilante pompa de los redondos senos, y su mano jugaba con un abanico de obscuro país, sobre el que se destacaban, heridas por las luces eléctricas, las rosas de fuego de los brillantes que lucía aquella azucena tentadora.

Acompañaba a tal tontería de mujer un hombre de alguna edad, de bigote caído, ojos de japonés, pero elegante y bien portado, respirando todo él un aire de mundanal *condescendencia*. ¿Era su marido? ¿Era su amante? ¿Su hermano? No. ¿Para qué, si lo sabemos, vamos ahora a sudar, como en las películas esas donde termina un episodio y aparece un cartelito que dice: "¿Venció Hugo de la furia de sus enemigos? ¿Logró recuperar el escarabajo sagrado"? No, nada de esto; el socio en cuestión era el *contratista*, perdónenme la palabra, pero eso era don Niceto Taravilla, usufructuador de aquellos tesoros que nacían en la punta del pie de Milagros Sonlano y terminaban en las acaracoladas patillitas que escapaban bajo el sombrero.

Vamos, era una de tantas parejas como vemos por Madrid que no tienen otra cosa que hacer que destrozar panecillos, lucirse en cafés y teatros y abollar catres.

Pasó la novedad; la aparición de aquella pareja tuvo un éxito, que pronto la costumbre anuló, relegándolos a ser unos de tantos comparsas como requiere esta complicada vida moderna. Así hubieran seguido las cosas, y esta novelita no hubiera salido a la luz, si un día, mejor dicho, una noche, a la salida de los teatros, no hubiera aparecido en escena—¡qué cosa más rara, en escena a la salida de los teatros!—una rara criatura, que dió origen al presente cuentecito, a un disgusto entre los personajes citados y seguramente a que os gastéis unas pesetas en *ca la Maripepa* o en *Lope de Vega*, y, *chincharos*, no os digo el número.

* * *

Frágil, con la fragilidad del lirio, la ambigua mujercita tomó asiento frente por frente a la mesa que ocupaban Milagros y Niceto. Interiormente, éstos se sintieron halagados con la distinción que pareció hacerles objeto la encantadora damita.

De crespón marroquin blanco, el traje elegantísimo ciñe la estatua cálida y desmayada, de andar perezoso; bajo el sombrero, el prodigio luminoso de unos ojos azules de ensueño y pecado, y entre el suave declive de los senitos, como tacitas invertidas, una esmeralda, pendiente de una cadenita de platino, pone su nota verde de maleficio que atrae la mirada, que deja lo verde y se hunde en lo

obscuro. Es su silueta mundanal y lasciva, pareciendo flotar en sus ojos la huella de un vicio inconfesable. ¿Eter? ¿Morfina?

Pide una naranjada, y cuando la brasa del refresco ilumina un tanto su carita viciosa, los ojos azules parecen beberse también a los que la rodean. Tiene todo el aire de esa flor de pecado de restaurant nocturno y cabaret.

—¿Qué te parece?—pregunta Milagros a Niceto.

—¡Muy monina!

—¿Nada más?

—¡Elegantísima!

—¿Nada más?

—¿Qué quieres que me parezca, hija?

—¡Sencillamente, admirable!

Milagros nota que la aludida mira con demasiada insistencia hacia la mesa donde ellos están; esto la inquieta un poco; hay que reconocer que Niceto la tiene como los ángeles en un pisito coquetonamente amueblado de la calle de Paredes, y que le pasa para su plato y demás gastos la friolera de ochocientas pesetas mensuales. a más de las alhajitas con que a menudo la obsequia. Estas razones son lo suficiente para—válgame la frase—sentirse celosa de aquella diabólica mirada azul que la tiene tan inquieta.

—¡Camará con la socia, no deja de mirar! ¡Vámonos!

Pagan y se alejan del café haciendo comentarios.

Ya en la alcoba, de cama de bronce, amplia y sugestiva, bajo el dosel de muselina rosa, entre las bellas figuras de mármol de una Venus púdica y un Apolo gallardo, la pareja parece extrañada de sí misma; sin embargo, ella le dice, con un mohín de desencanto:

—¿Parece que mirabas mucho a las del "Savoia"?

—¡Qué cosas tienes, Milagros!

Al decir esto acariciaba, como el que no hace la cosa, los duros pechitos tembladores, que parece quieren romper la débil transparencia de la camisita de tul rosa. Ella esquiva el roce con un gesto de niña ofendida. ¡Oh, las dulces y sabias negativas! El insiste, y comienza a colocar besos en la espalda de ella, como el jugador de dominó, regularmente, con avances geométricos, llegando en sus invasiones ante la huella estrecha y profunda, hasta el desfiladero donde se parte en dos la maravilla del torso. Milagros arde en la dulce llama del deseo. No sabría explicarse por qué, pero aquella noche sentía una absoluta necesidad de ser acariciada refinadamente. Cinco meses llevaba con Niceto, y jamás había pensado salir de la caricia natural de todas las especies; lo más que había hecho el buen hombre era succionar de cuando en cuando en el moreno pezón, como el más cándido de los recién nacidos. ¿Qué extraña fuerza la obligó aquella noche a dejarse caer en la cama, mostrar con tal desenfado la mariposa negra de su sexo y decirle?:

—¡Si tú quisieras!

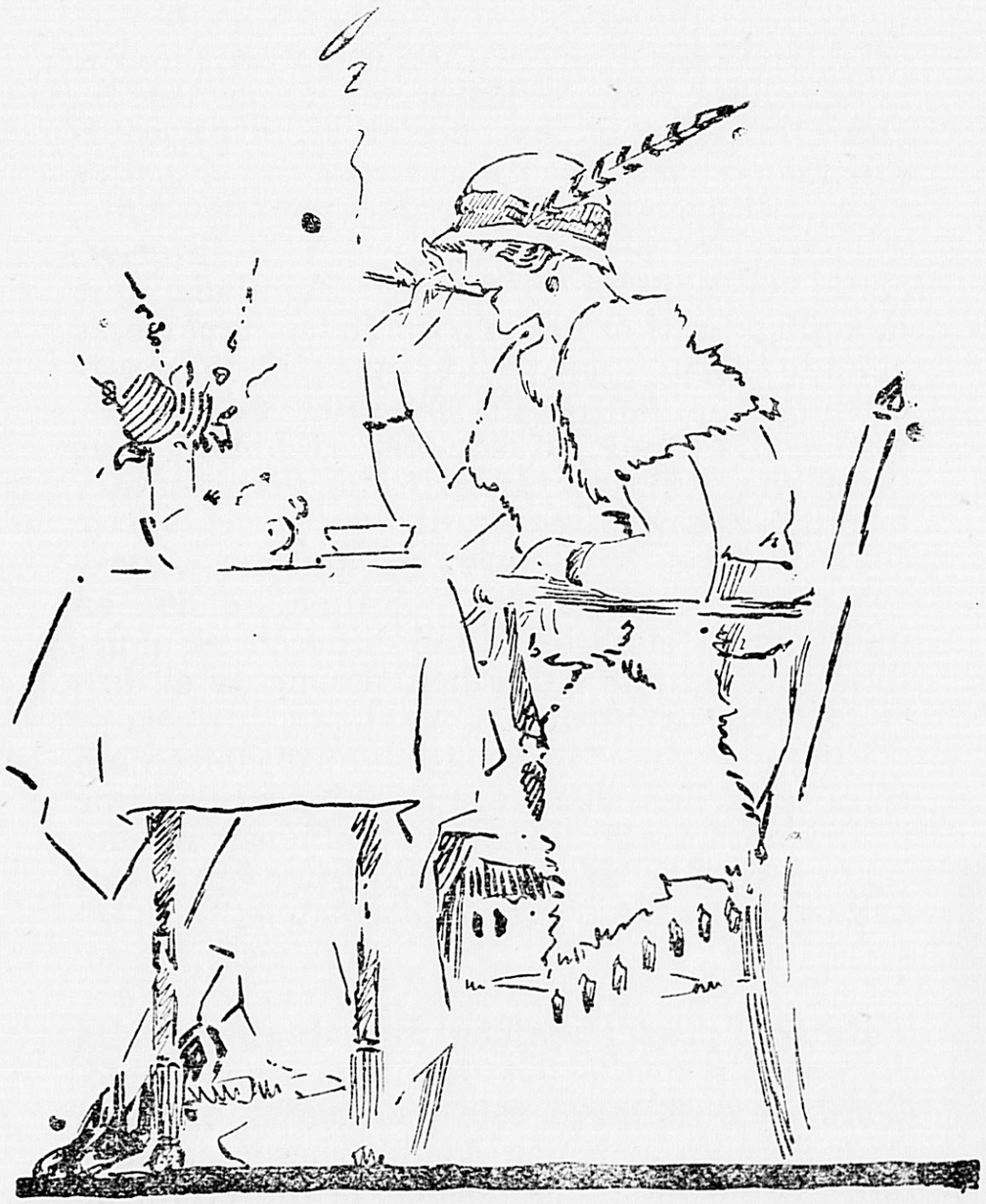
Temerosa, esperó una brutal repulsa por su parte. Todavía quedan algunos cargadores de la estación y carreteros que se ofenden si se les propone tal cosa.

Niceto, al principio, no comprendió, y se quedó sobre las piernas de ella, pensando qué sería lo que él habría de querer. Desde su más tierna edad se había dedicado a la venta de comestibles al por menor, y estaba en ayunas de todo aquello que suponía un refinamiento de la humana voluptuosidad; no había leído, sin duda, a los eróticos contemporáneos, esos señores que parece que al escribir mojan la pluma en un *bidet*, y las exquisiteces, en tal sentido, eran serenatas indias para él.

Milagros no pudo contenerse, y atrayendo su cabeza hacia el centro de todas sus angustias, le dijo, mimosa:

—¡Bésame ahí!

Después de todo, ¿quién lo iba a saber? Niceto besó, y he aquí el milagro: en vez de retirarse en seguida de la rojiza herida tapizada, con dos dedos separó los húmedos pétalos externos de la flor, y en su cáliz libó, embriagado por el tibio calor que le envolvía la faz; Milagros recordó sus tiempos de camarera en tanto el neófito comenzaba a oficiar en el difícil arte de Safo. A su memoria vino aquel guapísimo estudiante que le llamaban "El rey de los exquisitos", que logró en una noche matarla de placer cuatro veces, sin dejar de evolucionar un solo instante. ¡Qué diferencia entre Niceto y aquel chico! El primero era un automóvil en día de barro; el segundo, una divina mariposa, que arrancaba el placer con sus alitas de oro. Pero en fin, ¡qué le iba a hacer!, demasiado bien lo iba haciendo ya. Poco a poco fué perdiendo



en su memoria la imagen del doncel de sus días de trabajos; Niceto, pendiente de las vibraciones que arrancaba, afinaba su puntería; insistía en determinados sitios cuando comprendía que Milagros notaba sensación con ello. Poco a poco aceleró ésta el movimiento de sus maravillosas caderas; los ojos negros se clavaban en la cabecera de la cama, y sus dientes se mordían en el labio inferior, como conteniendo el torrente de placer que la amagaba. Por fin, no pudo contenerse, y cuando Niceto, previendo que iba a morir estrangulado entre sus potentes muslos, se alzó en la cama, atusándose el bigote, más lacio que nunca, le abrazó ella fieramente y le pidió rabiosa:

—Por Dios, Nice, termina, que me muero.

No se hizo rogar más, y valientemente, en un decidido empuje, calmó el deseo de aquella mujer, que le había hecho conocer el dulce goce de paladearla.

Ella, en la inconsciencia del espasmo, notó como el relámpago de unos ojos azules que le iluminaban el alma. El también, sin quererer, creyó por un momento tener entre sus brazos la divina criatura del "Savoia".

* * *

Habían pasado quince días desde aquella memorable noche del debut de don Niceto. Como de costumbre, éste y Milagros toman el fresco frente al teatro Apolo, y ¡qué casualidad!, como todas las noches, la mujercita de los ojos azul claro parece buscar la mesa más próxima a ellos. Milagros está ya que trina; es demasiada insistencia aquella. No cabe duda que ronda a su hombre, a quien desde hace algunos días le ha tomado más cariño; dejo a ustedes, lectores, el adivinar por qué.

Por otra parte, el aspecto de bienestar de la joven, el carruaje particular que muchas noches viene a recogerla, da idea de que no es una busconcilla. Milagros se pone a estudiar a su Niceto, y, la verdad, no le encuentra nada que pueda volver loca a una mujer. Claro es que tiene lo suyo, pero, la verdad, eso ella sola lo sabe. ¡Cielos! ¡No, no puede ser! ¿Quizás? Entonces se queda mirándola fijamente a la otra, y observa que una ligera sonrisa ilumina su delicado semblante, de un blanco rosado suave y prometedor.

Milagros siente en sus venas como el calor de un sol que se le derritiera dentro. ¡Bah! ¡Qué porquería! ¡Ni pensarlo! ¡Pero... si dicen todas que es tan delicioso aquéllo! Vuelve a mirar a su enemiga, y, efectivamente, los ojos azules parecen adivinar su pensamiento, y en los labios de coral cruza otra vez el diabólico encanto de otra sonrisa de ofrecimiento.

Después de todo, ¿qué mal hay en ello? ¡Que mire!

Quiere olvidar, procura distraerse, y, sin embargo, su mirada negra busca la mirada azul, que la atrae como un abismo, como un mar en el que quisiera refrescar sus ansias curiosas de pecado.

—Voy un momento al lavabo, Niceto.

—¿Te acompaño?

—¿Para qué?

Milagros se levanta, dirigiéndose al interior del café, arrancando a su paso todo género de exclamaciones de lujuria; fué un relincho unánime; un socio que parecía dormitar junto a la escalera, al pasar ella le lanzó como un escopetazo:

—La empezaba a besar a usted en la punta del pie y no terminaba ni en donde usted piensa.

Milagros sintió aquellos besos en lo más hondo de su ser.

Al descender por las escaleras que conducen al salón de té, la falda, algo corta, dejó al descubierto el comienzo de su primorosa pantorrilla, y en la seda de la estirada media quedaron prendidas las miradas de dos curas flacos que tomaban helados en la mesa de enfrente.

No había llegado a lo alto cuando sintió tras sí los pasos menudos de otra mujer, y al volverse, sus ojos naufragaron en las azules pupilas de la mujercita de porcelana. Experimentó una honda sacudida en su alma; casi creyó adivinar a lo que venía aquella mujer.

El salón de té estaba desierto a aquellas horas; al fondo, el lavabo ofrecía asilo propicio para toda confidencia. La delicada mujercita adelantó a Milagros, diciéndole:

—¡Qué casualidad!

—Sí..., verdaderamente—balbució ésta.

—¡Yo esperaré!

—No. ¿Si tiene usted prisa?...

—Yo no la tengo más que para admirarla a usted.

—¡Señorita!

—¡Sí, ya era hora que se lo dijera!

Fué un beso largo, goloso, interminable; un beso que le entró por la boca, zigzagueó en la médula y se le quedó fijo en las entrañas, como un clavo ardiente.

—¡Señorita!

—¡Llámame Luisa, vida!

—Pero...

—¡No hay pero que valga!

¡Pero no habría, pero lo que es pera!... Luisa descendió el brazo con que la sujetaba por la cintura, la prendió de una de las dos soberbias mitades de su convincente trasero, y con la otra preludió una fugaz caricia por la región de todas las locuras humanas.

—Es menester que nos veamos en otro sitio—musitó a su oído la tan dispuesta Luisa.

—¿Dónde?—preguntó Milagros, ya convencida y deseando entregarse a las diabluras que le prometía aquel demonio con faldas.

—Tomad esta tarjetita; os espero mañana a las cuatro en las señas del margen.

—¿Y Niceto?

—Aquéllo..., perdón..., ¿su marido se llama Niceto?

—Sí..., no..., vamos, quiero decir que no es mi marido, pero es lo mismo.

—Buscad un pretexto, y, sobre todo, no faltar. ¡Os espera el *desiderátum* del placer!

Todavía la experta lengua de Luisa buceó en el estuche de coral y perlas de Milagros, haciéndola experimentar otro desvanecimiento.

—Bueno, me bajo; Niceto debe estar intranquilo.

—Sí, hacedlo, que ya mañana lo haremos las dos juntas.

—¡Adiós!

—¡Hasta mañana, vidita!

Los ojazos azules de Luisa siguieron a su amor cuando, con todo el aire de una persona que acaba de satisfacer una necesidad, Milagros descendía por la escalera del "Savoia", y desde lo alto sintió el rugido de un parroquiano, que ladró al pasar:

—¡Vaya hembra! Le fallaba el oro siete veces, y al final hacía un solitario.

Lo que, traducido al castellano vulgar, es inocente que lo transcriba.

Un poco azorada, con los negrísimos ojos brillantes de deseo, Milagros volvió junto a Niceto, que ya estaba algo impaciente con su tardanza.

Momentos después, Luisa ganaba su sitio, y abonando su consumación, esperó el paso de un *taxis* al borde de la acera. Su modernísima silueta atraía la mirada de todos aquellos cazadores de ciudad. Nerviosilla, golpeaba el suelo de impaciencia con la aguda punta de su zapatito blanco, y cuando montó en el auto, hasta la liga negra mostró la fina y torneadita pantorrilla, más bien recta y musculosa un tanto, que dejó en todas las bocas un deseo de morder, de besar, quizás de dejarse pisar algo muy sensible. ¡Vayan ustedes a ver! ¡Es tan complicado esto que llamamos placer genésico!

* * *

El lindo y coquetón departamento de Luisa es, no cabe duda alguna, el más apropiado lugar donde dar rienda suelta a todas las locuras, a todos los deseos.

El recibimiento, tapizado de damasco azul, con gran zócalo ocre obscuro, y en cuyo techo, un farolón japonés envuelve en luz rosada. Las Tres Gracias, sobre un abaco, dan la nota sensual. El perchero, de espejo ovalado, tiene un friso de amorcillos desnudos con todos sus *detallitos*. El pasillo es una galería de fotografías de la dueña de la casa cuando se dedicaba a la danza, porque Luisa fué no hace muchos meses atrás la famosa Luisa de Oriente, danzarina clásica. Y, sobre todo, el *taller*, como ella llamaba a su estupenda alcoba de cortesana moderna, era un dechado de buen gusto y elegancia. Una cama romana de mármol, de recias patas doradas, sobre la que detonaba la gloria bordada en floripones de un soberbio mantón de Manila. Aquella cama, más que lecho para el reposo, parecía el altar de un Dios; claro que altar era, pero su culto era el de la caricia; su sacerdocio, el de sacar billetes a los humanos. Varios espejos, uno de ellos colocado en el techo, de finísimas lunas biseladas, de marcos de plata repujada, multiplican las cosas. Una lámpara enorme de seda verde da a la estancia una dulce claridad de *acuarium*. Mesitas de laca, butaquitas confidentes, y como presidiendo todo aquello, una preciosa escultura de Tabellini, el escultor de moda, representando un fauno de patas de cabra y belfo caído, que guiña un picaresco y malicioso ojo, mirando a la cama, donde se suelen dar tan épicos revolcones.



Cupidos, muñequitos, "bibelottes", un cromo de Millère complementan el decorado.

Luisa, con un kimono oriental negro, en el que se destacan en rojo los bordados pajarracos de los ríos de ensueño, prepara en una mesita el té, las pastas, los dulces y licores; en una preciosa cajita de sándalo guarda dos o tres paquetitos de cigarrillos Setos-Amber.

Ha sonado el timbre de la escalera; su corazón late como un pájaro, y antes que tenga tiempo de reponerse, la criadita, la primorosa doncellita de traje negro y delantalito blanco, anuncia:

—¡La señorita Milagros!

—¿Tú!

—¡Sí! Qué locura, ¿verdad?

Salta a su cuello el singular diablillo, y después de darle un detonante beso, la despoja del sombrero, diciéndole:

—Mira, yo creo que lo mejor sería que te pusieras otro kimono como yo; estarías más cómoda, porque supongo pasarás la tarde conmigo, ¿no es cierto?

—Como quieras.

Milagros viene elegantísima; una sencilla túnica malva clara de punto de seda, sujeta al costado con un camafeo; el pelo es una mancha negra, brillante, pegado a las sienes por la opresión del sombrero; la boca, roja y sensual, se ofrece al beso rabioso de Luisa, que quisiera sorberla en su goloso deseo.

—¡Qué guapísima estás! ¡Precioso traje! ¿Quién te lo ha hecho?

—Madame Leblanc.

—Pues es divino. Pero, mira, anda, quítatelo; voy a darte un kimono para que estés mejor.

Luisa saca del gran armario de tres lunas la frivolidad hecha color de un trajecito chino, rojo vivo bordado en negro. Mientras Milagros se desprende de la sencilla túnica, quedando en camisa y bragas, unas diminutas braguitas de encaje que dejan al descubierto todo el muslo, hasta la línea de la liga, dando un raro sabor sensual a la línea de la pierna elegantísima, enfundada en media malva del mismo tono que el vestido y los zapatitos, haciendo juego, cuya hebilla da más esbeltez al delicado empeine.

¡Qué divinas están las mujeres en este reducido trajecito íntimo! ¡Nada más atrayente se ha podido soñar para hacer caer nuestro orgullo entre los pies de la hembra! Comprendo la exclamación aquella de un muchacho de la peña nuestra del "Savoia", que decía que cuando veía una señora en tal traje se le ponía la lengua gorda. Bueno, pues había que ver a Milagros en aquella inquietante *deshabillé*. Para comérsela, para desnudarla a mordisquitos, para revolcarse cien veces, para... para... pararemos, porque estoy viendo una larga interrupción en la marcha de los acontecimientos.

Luisa la contempla unos instantes, y, arrepentida, arroja en un sillón el traje que le preparaba:

—¡No, sería un crimen! ¡Estás así más rica!

La enlaza por el talle y la arrastra hacia el lecho, digno de una emperatriz romana. Por encima del canesú de la camisita celeste extrae uno de los blancos senos, uno de aquellos prodigiosos pechos duros, redondos, firmes, esbeltos, suaves, satinados, tibios y oscilantes, de un peso cálido escalofriante, y en la rosada fresita del vértice se prende con el hambre voraz de un mamoncillo que no hubiera tomado teta en seis horas. ¡Qué sabrosa, qué dulce es la fruta femenina! Luisa saborea aquel bombón en tanto Milagros, decidida ya, preludia en su sexo una caricia de colegiala un poco ingenua, torpe y sin ritmo. Luisa le dice:

—¡Espera, déjame! ¡Déjame que yo te acaricie sola; después gozaremos las dos!

La hace caer sobre la cama. Las braguitas, con sus complicados escajes flotantes, van a parar a un rincón del lecho, y sólo con la camisita azul, que parece un ligero humo en el crepúsculo, queda la morenaza excelsa, cuyo sexo es un negro tiznajo de relieve en la pureza del vientre, que no sabe de la maternidad.

Por debajo del seno, que es una amenaza de los cielos, comienza Luisa su labor; su lengua, ágil y experta, reconoce los bellos flancos de nieve, desciende a los lados del ángulo central, remonta, como pesaroso, a los monículos del pecho, rápida cruza como un rayo la espalda, continúa por los muslos, electrizados con tal caricia, asciende por su interior, la engaña parándose unos instantes en el borde de la herida palpitante, vuelve a bajar y subir, zigzaguea, tamborilea, se desliza, punza, y, al final, como una dulce estocada busca el punto vulnerable, y en pleno resorte, en el "champignon" suave que endureció un tanto, la diabólica insiste con maestría de brujo de las caricias, y es su estilete bucal un dardo de fuego que arranca a la hermosa morena gritos de placer y angustia, estremecimientos de poseída, fieras convulsiones que a veces hunden a la otra en la cuenca trasera, donde continúa impertérrita su labor.

Las manos, las blancas azucenas de las manos se aferran a los suaves cabellos castaños claros, abarcan la delicada cabecita de la muñeca tras la nuca, y quiere fundirla en la llama viva de sus entrañas.

—Espera—murmura Luisa con voz ahogada.

Se alza sobre el lecho, y con una maravillosa maniobra se acopla a la otra.

¡Cielos! ¿Qué es aquello? ¿Pero, será posible? ¡Sí, juraría Milagros que ha sentido una inquietante dureza rozarle delicadamente en el cáliz de la voluptuosidad!

Luisa es la verdadera ambigua mitológica; un desarrollo especial de su sexo le permite producir la impresión de un minúsculo miembrecillo. ¡Con aquellos ojos! Aquellos senitos duros y menudos de adolescente, la boca hecha para besar, y la delicadeza de nardo de sus manos, era el amor hecho mujer para mayor locura de Milagros.

Fué una perfecta posesión. Extenuada quedó la morena, y una ligera sonrisa cruzó por su semblante. Se acordó que días antes le había dicho Niceto que lo más probable era que aquella mujercita intentara algo con él.

* * *

—Anda, mujer, no seas tonta; un poco más de pavo.

—¡Que no tengo más gana! Mira, de esos espárragos sí voy a probar.

Niceto, galante, la sirvió obsequioso.

—¿Queréis salsa?

—No, prefiero aliñarlos con aceite y vinagre. Soy muy cateta, ¿verdad?

—¡No! A Milagros también le gustan así.

—¡Mira qué casualidad, mujer; nos parecemos en los espárragos!

Milagros sonrió, maliciosa, comprendiendo la indirecta.

Bajo la mesa, Niceto procuraba tropezar con sus pies los diminutos de Luisa. Esta se dió pronto cuenta de la maniobra.

Hacía varios meses que se trataban ya. Con un pretexto cualquiera, una noche entablaron conversación en el café; la cosa estuvo estudiada y meditada por ellas con objeto de estar más tiempo juntas. Aprovecharon un viaje por el extranjero del amigo de Luisa, hombre ya viejo, agregado a una comisión de la Liga de las Naciones, y esta última se pasaba la vida en casa de su amiga. Niceto, hombre práctico si los hay, a pesar de su cariño hacia Milagros, comprendió que allí había medio de sacarle un interés doble al dinero que le costaba su querida, y puso los puntos a la inquietante, que para no alarmarlo pareció llevarle la corriente.

El día que los volvemos a encontrar celebran el santo de Niceto; los vinos generosos, el optimismo de unos negocios llevados a buen término, y cierto endurecimiento en la región pubiana obligaron al anfitrión a buscar coles, unas coles que le pide el cuerpo y que no están precisamente en el menú del día.

Mientras él, por debajo de la mesa, se entrega, como digo, a la captura de los pinreles de Luisa, ésta ha deslizado una mano como para coger la servilleta, y le ha dado un soberano pellizco a Milagros, que en aquel momento chupa un espárrago con un arte digno de la República francesa. ¡Con qué exquisita gracia se introduce la cabezota del vegetal entre los rojos labios rezumantes! ¡Si aquello es



con un espárrago, imagine el lector... imagine el lector!

La comida transcurría con el discreteo propio de tales condumios; amable, frívola, muy correcta; pero en el fondo ruge la pasión. Ellas, deseando de verse solas; él pereciendo por quedarse también con Luisa, que lo vuelve loco.

—Oye, Milagros, ¿quieres hacerme el favor de traerme la pitillera, que me la dejé en la mesilla de noche?

—¿Cómo no? ¡En seguida!

Hay que aprovechar los instantes. Ni corto ni perezoso, movido por el alcohol, se levanta y, agarrando por la cintura a Luisa, intenta besarla en la nuca, en aquella nuca de tentación, donde los ricitos se ensortijan.

—¡Por lo que más quieras, Niceto!

—¡Me tienes loco, chiquilla!

—¡Calma!

—¿Cuándo?

—¿Y Milagros?

—¡No sabrá nada!

—Yo no debo engañarla. ¡Es tan buena!

En verdad, en esta exclamación se adivinaba el pecado; pero Niceto sigue en la higuera.

Varios días después vuelve a intentar Niceto una nueva acometida; Milagros ha salido a compras, y su señor está solo en casa; Luisa, que pasaba casualmente por allí, ha subido a saludarlos, y he aquí que la casualidad adelanta los acontecimientos.

La lucha fué ruda; pero Luisa, pensando que con aquello no cerraba la puerta de la casa, cayó, cayó, pero sin gozar; para ella los hombres eran seres encargados de comprar zapatos, medias y sombreros, pagar la casa y dejar un billete en la mesilla de noche. Esta manera de entender la vida, tan generalizada hoy, da lugar a una nueva raza de "birladores" del duro, que son los que por todos los medios procuran no dar un céntimo a la mujer, después de prometerlas el oro y el moro. A menor corazón en la mujer, mayor inteligencia en el hombre; es una ley que no falla.

Niceto notó algo anómalo en aquella mujercita, pero como pasó por ella sin arrancarle una vibración de placer, no advirtió que había tenido en tre sus brazos—perdonadme la comparación—un lindo amiguito; si hubiera sido un "exquisito" hubiera notado algo anómalo en la configuración de la muchacha. ¿Estará bien dicho *muchacha*?

* * *

Lo irremediable ocurrió. La fatalidad es una fuerza incontestable, contra la que nada pueden todas las previsiones. De nada sirve vivir alerta, buscar las ocasiones, trazar planes; cuando el garrote de un marido se cierne en las alturas y viene por derecho, no hay cosa que lo ataje. El influjo de las estrellas, que decían los quirománticos, es de traumatismo; pues árnica y a otra cosa, amigos míos.

Una tarde de otoño, cuando el sol amarillo ponía en las lejanías su luz triunfal de excelsa agonía; una tarde de octubre, en que las hojas se perseguían en el parque en el funeral de sus muertas lozanías, Milagros y Luisa apu-

raban la copa del placer en la rotonda encristalada de la mansión de don Niceto.

Sobre la gran otomana, atestada de cojines azules, rojos, verdes; entre el polícromo estallar de las rabiosas sedas, las dos bellas diosas se enlazan en una clásica postura versallesca; la postura era un número y una contradicción; se veía una cabeza entre cada dos piernas; era como un parto doble, el parto de los Montes, de los Montes de Venus. No se sentía más que el tierno latir de dos corazones; de pronto un doble estremecimiento, una tensión de músculos, un desbridar de nervios, un desmayo..., otro desmayo, y la aparición en la puerta de Niceto, con una caña de pescar en la mano, una cestita llena de truchas en la espalda y una cara de asombro que para sí la quisiera el que se encuentra un duro en Madrid.

Pero, ¡oh poder de la fuerza de la belleza! Eran tan divinas aquellas dos esculturas femeninas, ofrecían una tan armoniosa perspectiva sobre los montones de cojines, que dijéranse las diosas del arco Iris después de una nube de verano.

Niceo soltó la caña y una exclamación:

—¡Me engaña!

A su voz abrió los ojos Milagros y, pudorosa, se tapó "aquello" con un cojín. ¡Qué psicología la de las mujeres! Estaba harta de que se lo viera, y sin embargo, en aquel momento se le hacía grande. ¡Le digo a ustedes que son de alivio las señoras!

—A esto sí que no hay derecho.

Ellas hicieron algún signo de protesta. El las atajó:

—Bien que comáis a mi costa, bien que disfrutéis de esta casa con todas sus comodidades; pero yo lo que no puedo tolerar es que me adornéis el frontal ciervísticamente. Eso, no en mis días, y como es natural, ni en mis noches tampoco. ¿Qué motivo os he dado yo para que así me engañéis? ¿No mandé reformar la pila del baño...

—¡Por Dios, Niceto!—murmuró Milagros.

—Aquí no hay Niceto que valga, aquí no hay más que un buey a quien intentáis colear de mala manera.

Luisa, con todo el impudor de su helena figura tentadora, se acercó a Niceto echándole los brazos al cuello. Las truchas pegaron un salto en el cestillo, Niceto perdió toda su facundia; la indignación que hasta aquel momento lo dominaba cesó como por encanto; los ojos azules, los ingenuos ojos azules de la ambigua lo paralizaron y su mirada descendió desde la jugosa boca de arriba a la fértil y poblada de abajo. ¡Era mucha Luisa aquella!

Milagros se alarmó un tanto, pero la diabólica la tranquilizó con una mirada.

—¿Pero por qué te pones así, Niceto? ¿No sabes que las dos no estamos aquí más que para complacerte? ¡Tontín, más que tontín! ¡Anda, quítate esa horrible americana de pesca, con esos bolsillotes como barcos!

Manso como un ternerillo quedó el buen burgués; a la cazadora siguió el pantalón y al pantalón la camisa, y sólo con los calzoncillos quedó dispuesto a reconciliarse con Milagros.



Esta adivinó en seguida la maniobra de Luisa y comprendió que aquella era la solución más natural y lógica.

Comenzó la batalla; el pescador de truchas cayó como un atún sobre el sofá; Milagros lo besó en la boca, en los ojos; le aturdió sellando sus oídos con un diluvio de besos que le ensordecieron; en tanto Luisa, con la rara maestría que hacía de aquella extraña criatura la maga del placer, preludió una enervante caricia comenzando a recorrer con el puñal coralino de su lengüecita de fuego todas las más sensibles regiones del señor Niceto; Milagros se había puesto de rodillas sobre la cabeza de su hombre y se dejaba besar en la concha de nácar rosa de orillas de azabache. Poco a poco se dejaba caer sobre la faz de Niceo, quien sentía en su rostro todo el ardor de las estremecidas entrañas de la sin par morena. La boca de Luisa era ya una bomba aspirante que succionaba la médula, y entre el placer que sentía, al notar gozar a Milagros, y el que a sus nervios arrancaba la voracidad vampiresa de Luisa, su cerebro fluctuaba en un mundo de locuras deliciosas que le hacían a veces morder en la carne angustiosa de Milagros, y medio ahogara la ambigua en sus pujantes acometidas de fauno en celo. Pronto aquello tomó proporciones apocalípticas. Niceto perdía el resorte de la vida, que se le escapaba por el "taleidoscopio"; Milagros agitaba la pompa divina de sus ancas de potranca sobre la congestionada faz del hombre; en la misma forma que estaba, se volvió y, en una complicadísima postura logró

también prenderse de la rosa de fuego de la encantadora chiquilla, que, menos egoísta que ellos, sólo trataba de producirles el mayor placer posible. Lo desarrollado de aquel órgano que parecía un fresón puntiagudo, daba a Milagros la sensación de saborear un bombón. Las convulsiones de Luisa eran verdaderamente de poseída; su ardentía, quizás por su misma anómala configuración genital, hacía que el placer tomara en ella aspectos de catástrofe. En una de sus sacudidas abandonó el pilarote donde se agarraba precisamente en el instante en que Niceto lanzaba el incienso de Venus a las alturas siderales. Siguió una ruda batalla; las dos amigas se trenzaron, locas de deseo, abandonando a su suerte a Niceto, que se debatía aún en las agonías del placer.

Fueron dos gritos isócranos; Milagros y Luisa, fustigadas por la pasión, vertieron en la cratera de Eros el licor de la voluptuosidad.

Cuando volvió a la realidad Niceto, pudo todavía satisfacer en dos soberbios asaltos a las divinas pecadoras.

... ...

Desde aquel día tomaron lo que en Francia se llama un "menage a trois", y muchas lenguas aseguran que cuando volvió de su viaje el amigo de Luisa, se amplió a "quatre"; después de todo, ¿qué más daba tres que cuatro? ¡En el fondo todo era cuestión de "catre"!

Imp. de la Viuda de A. G. Izquierdo. — Doctor Mata, 3

Lea usted todas las semanas

"LOS BANDOLEROS"

donde irán apareciendo la verdadera historia de los más famosos bandidos, en cuadernos de 32 páginas, que cada uno contiene un episodio completo, artísticamente ilustrado.

15 CENTIMOS

EN TODA ESPAÑA

BIBLIOTECA
NACIONAL

MAQUINA DE ESCRIBIR

UNDERWOOD

MODELOS MODERNOS



Alcalá, 39. - - MADRID

EN BARCELONA Balmes, 7